

Acabamos de escuchar un versículo de la narración de una aparición del Señor contenida en el Evangelio según San Juan. Es un cuento que inicia con San Pedro que intenta de pescar junto con algunos discípulos y con la desilusión por la falta de peces y la frustración por las redes vacías y que luego prosigue con la abundancia de pesca después que todos han seguido las indicaciones del Señor y termina con la cena que consumen juntos en la playa.

Jesús se acerca y entrega el pan y el pescado a sus discípulos.

El pan y el pez son la señal de su presencia de resucitado, de su cercanía, de su preocupación, de su deseo de confirmar su amistad.

Todas estas son precisamente **las señales simbólicas para decirnos que Jesús se toma a pecho nuestras vidas** y desea ocuparse de nosotros, que Jesús puede y quiere nutrir a cada uno de nosotros con este pan y con este pescado, así como hace con la Eucaristía.

Y sin embargo nosotros a menudo no percibimos esta ayuda, esta cercanía y esta capacidad suya de saciar nuestra hambre.

¿Por qué?

Tal vez porque aún no hemos logrado ser plenamente orientados, determinados y concentrados en la búsqueda de su *Reino*.

El testimonio de los Santos nos enseña que sus vidas, aún en medio de fatigas, sufrimientos y afanes estaban confortadas, consoladas y confirmadas por la presencia del Salvador que los sostenía en sus batallas.

Tal testimonio, el mayor de todos, es el que nos ofrece el Apóstol San Pablo, quien dice: *Sé que me esperan cadenas, tribulaciones y batallas, pero ¿qué importa?*

Yo debo caminar, proseguir, atestiguar, anunciar, vivir la palabra de Dios, vivir como amigo de Jesús; mi vida está ya escondida con Cristo en Dios. (Col 3,3)

He ahí el secreto: esconder nuestra vida con Cristo en Dios. Si esconderemos nuestra vida en El y con El entonces todo se transformará en el bien para nosotros.

Que estas Pascuas, queridos hermanos y queridas hermanas, puedan significar para nosotros un adelantamiento prodigioso, extraordinario y apaciguador en la Comunión con nuestro Señor Resucitado.

Alabado sea Jesús el Salvador.